

**DISCURSO DE LA EXCMA. Y MAGFCA. SRA. RECTORA DE LA UNIVERSIDAD DE MÁLAGA, D<sup>a</sup>. ADELAIDA DE LA CALLE PARA EL NOMBRAMIENTO COMO DOCTORES HONORIS CAUSA DE D. ARMAND MATTELART Y D<sup>a</sup>. MICHÈLE MATTELART**

Escuchar, y aprender de Michèle y Armand Mattelart entra dentro de lo que se llama gozo intelectual.

Recibirlos en el Claustro hace que esta tarde entre a formar parte de la historia de la Universidad de Málaga.

Hoy es un día importante para los Departamentos de Periodismo y Comunicación Audiovisual y Publicidad.

A ellos debemos agradecer que impulsaran esta iniciativa.

También lo es para nuestra querida Facultad de Ciencias de la Comunicación. La Facultad en la que se cultiva una flor tan básica en cualquier democracia como es la libertad para expresar y transmitir las ideas.

Hoy, en Michèle y Armand Mattelart, la Universidad de Málaga tiene dos referentes en las humanidades.

Dos investigadores que, desde la filosofía, la economía y la sociología, han creado conocimiento.

Y, si se me permite una pequeña digresión, nos han dado un ejemplo definitivo de igualdad de género.

Dos trayectorias académicas y humanas en las que la investigación y el amor han ido de la mano a través del tiempo.

Armand y Michèle, Michèle y Armand. Juntos han conseguido hacernos reflexionar.

Y no solo a los teóricos y expertos de la comunicación. También a universitarios de otras disciplinas cuya inquietud intelectual los lleva a hacerse preguntas sobre el mundo que nos rodea.

Ambos han sido testigos de excepción de acontecimientos vitales en el convulso siglo XX. Desde la Era Kennedy y el Concilio Vaticano II, hasta el golpe de la dictadura chilena.

Ambos han defendido el progreso social y la libertad.

Lo han hecho desde sus propios principios.

Han sufrido algún que otro zarpazo de manos de los liberticidas.

Pero sus aportaciones han sido decisivas para orientar el desarrollo de una Historia de las teorías de la Información y de la comunicación.

Para el estudio de las industrias culturales y de la comunicación en general.

Me permitiré una pequeña parcialidad. Quiero destacar el excelente trabajo de Michèle al analizar la relación entre la mujer y la comunicación.

O dicho de otra manera. Cómo actúan los medios y la cultura de masas. Cómo moldean una imagen de la mujer que sirve de basamento a una economía que se apoya en su trabajo invisible. Cómo la cultura femenina que reflejan los Medios ha intentado que la mujer se limite a reproducir las ideologías dominantes.

Es de gran interés su estudio del cambio de paradigma en las mujeres y la comunicación. Ese cambio que ocurre entre principios de los años sesenta y mediados de los ochenta.

Cuando se reconoce que las mujeres podemos descifrar signos. Tener una actitud de resistencia.

Cuando ya no se puede concebir el proceso de comunicación como “vertical” y “unívoco”, porque ahora, el receptor, la mujer, es capaz de reinterpretar el pasado para construir identidades en el presente.

Tiempo, a fin de cuentas.

A veces más que un problema de “género” se está ante un problema de “generación”.

Michèle no rehúye estudiar las diferencias de uso de las nuevas tecnologías entre los niños y las niñas. Y de las mujeres como individuos en las redes sociales.

Ella conoce bien la realidad de los países de la América Latina. Pero también comprueba como en las recientes Primavera Árabe, las mujeres pasaban de ser las más rezagadas a ocupar el primer plano ante las cámaras.

Tiempos nuevos. A Armand, a su vez, le hemos seguido en sus diagnósticos sobre la sociedad global tras los atentados del 11 de septiembre.

No han faltado historiadores que señalen esta fecha como el comienzo del nuevo siglo, o de una nueva época.

Señalaré un dato concreto. Antes, incluso, de que se produjeran los hechos, uno de los pasajeros del avión de American Airlines pudo despedirse de sus familiares usando su teléfono móvil. Y en la calle, los transeúntes filmaron en primicia el impacto del primer avión contra una de las torres.

Hoy, la mayor parte de los ciudadanos tienen acceso a una tecnología que les convierte en emisores de información. Justo lo que el profesor Mattelart analiza en Periodismo y Ciudadanía.

Pero su análisis lleva también una advertencia: la tecnología es una alternativa, una herramienta; la solución del problema está en la conciencia política.

Tras el 11 de septiembre, el peligro puede estar en lo que Armand llama “la sociedad de la sospecha”. Una sociedad en la que se intenta a toda costa que los Medios reproduzcan las estructuras de poder.

En ese escenario, a la vieja censura sucedería una “autocensura” mas peligrosa y sutil. Una autocensura que impide al comunicador desarrollar su propia capacidad de crítica. Algo que no es solo un problema de los periodistas. Es un problema de la sociedad entera. De una sociedad que es ya global.

En esa realidad política global, nuestro nuevo doctor Honoris Causa señala riesgos.

El primero: que las multinacionales de los medios de comunicación elijan, seleccionen e incluso interpreten los acontecimientos, sean sociales y políticos, económicos, o culturales.

El segundo: que las únicas directrices a seguir sean los intereses de las propias empresas.

Mattelart pone el dedo en la llaga. En la comunicación se ha dado, sin duda, un gran salto tecnológico en cuanto a rapidez y abaratamiento de costes.

Pero a su vez, podemos sufrir un salto hacia atrás en cuanto a los contenidos.

Que estos caigan en el espectáculo, en la banalidad, en la distracción.

Que los telediarios sean meras crónicas de sucesos con el foco puesto en la seguridad y la inmigración.

Que los debates de ideas, a su vez, se reduzcan a simples altercados dialécticos, en los que el grito no deje oír la reflexión.

Para muchos, ese sería el precio de desregularizar los medios. El que lo primordial fuera maximizar beneficios, congregar al mayor porcentaje de audiencia. Y poco más.

Desregulación y globalización.

Se razona cada vez más en términos de eventos globales.

Lo importante es congregar a la mayor audiencia posible. Con la noción de servicio público en crisis, la idea de información puede correr pareja suerte. Y convertirse en simple mercancía que se consume, sin que importe el origen y repercusión de cada noticia.

Uno de los desafíos al que se enfrenta hoy la democracia pasa, según Mattelart, por la revisión de los medios de comunicación. Que no acaben limitando la libertad informativa hasta convertir el periodismo ciudadano en un refugio.

Sin duda, Internet, o las redes sociales son interesantes. Pero interesantes como elementos de sociabilidad. No como solución plena al problema.

Hoy, la mayor parte de la humanidad tiene acceso a la tecnología, pero el precio a pagar es alto.

Esa misma tecnología sirve también para tenernos cada vez más vigilados. En todos los sectores de la vida. Desde el ADN a los datos fiscales, médicos, personales, bancarios.

El profesor Mattelart apunta con cierta ironía que en otro tiempo “estar fichado” era un signo negativo.

Hoy, en cambio, “no estarlo” es sospechoso, porque, simplemente es que no se existe.

El desarrollo de esa tecnología de vigilancia no solo lleva a la seguridad; lleva también a controlar a las muchedumbres contestatarias, o cuando menos, disidentes del sistema.

Porque la actual crisis es algo más que financiera. Es una crisis de valores que intenta imponer lo financiero como el único eje.

Todo lo que no sea competitivo nos sobra, todo lo que no sea rentable en términos económicos, sobra.

Todo lo que no sea espectáculo global, no vende. Y por tanto, sobra.

No veo en el análisis de Michèle y Armand Mattelart ningún camino hacia la distopía, hacia el catastrofismo. Por el contrario, señalan la distopía precisamente para despejar el camino hacia la utopía.

La utopía, tan inalcanzable como el horizonte, pero al menos visible a los ojos.

Michèle y Armand analizan el mundo para ayudarnos a la reflexión. Y la reflexión para hacerlo más lógico y más humano.

No hace mucho oíamos a Armand pensar en voz alta sobre el papel de la Universidad. Abogaba por potenciar el sistema público, por encontrar nuevas vías. Usar la imaginación para que ningún alumno quedara fuera del sistema por razones económicas.

No es una utopía. Y en caso de serlo, sería nuestra propia utopía. La que hemos de hacer posible en un mundo en riesgo de deshumanizarse.

Un mundo que, a su manera anticipó Orwell en su obra 1984, la obra de referencia, en la que un personaje llamado Winston Smith decidía rebelarse contra el gran hermano.

Tal vez si ese Winston pudiera salir desde su mundo de ficción, si pudiera visitarnos esta tarde, abrazaría a Michèle y Armand Mattelart.

Y les diría, como nosotros, que es un verdadero gozo intelectual leer sus libros. Y seguirles en sus diagnósticos.

Y les pediría, como nosotros, que siguieran persiguiendo su utopía particular. Una utopía que es también la nuestra.

La que siempre nos unirá en torno a la tradición universitaria.

Michèle y Armand, bienvenidos a vuestra casa intelectual.

Bienvenidos a la Universidad de Málaga.